

APRENDER DEL ÉXITO Y DEL FRACASO

BAJO EL ARO

PAU
GASOL

cnecta



Bajo el aro

Aprender del éxito y del fracaso

PAU GASOL

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@Conectad2s



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mis padres Marisa y Agustí por los valores que me habéis transmitido, y a mis hermanos Marc y Adrià por hacerme sentir tan orgulloso de ser vuestro hermano mayor...

PRÓLOGO

Compartir lo aprendido

Es la tarde del 1 de septiembre de 2006 y estamos en Saitama, Japón. El país del silencio y la respiración. De los cerezos en flor, las cumbres nevadas y la meditación zen. Pero ahora, sin embargo, en el gigantesco estadio Saitama Super Arena, cerca de veinte mil gargantas se desgañitan alentando a su equipo. En español, a voz en grito, animando a España y a Argentina.

Es un momento apoteósico: el baloncesto español y el argentino se están jugando un lugar en la posteridad. Y el libro de la Historia se escribe cada segundo, con cada falta, cada error y cada triple. Es una batalla muy reñida, sin cuartel.

Empezamos muy mal el partido, con un 2-13 en el marcador. Los argentinos golpean primero. Y pedimos tiempo muerto. El equipo reacciona y remonta este comienzo adverso en el que Argentina lleva tres de tres en triples, en poco más de tres minutos jugados.

Por fin llega nuestro primer triple, casi al final del primer cuarto, de la mano de Jorge Garbajosa. A partir de entonces, la confianza y las buenas sensaciones que nos han acompañado durante todo el campeonato vuelven a nuestras manos; queda mucho por jugar. Aunque tenemos claro que Argentina luchará hasta el último segundo, no pode-

mos dejar pasar esta oportunidad. Tenemos que ganar, es nuestro Mundial.

A solo cuatro minutos del final, la cancha está tomada por unos defensas feroces e infatigables que no dan su brazo a torcer. Es uno de esos momentos por los que llevas trabajando «toda la vida» y en el que sientes que todas esas horas de duros entrenamientos tienen que dar su fruto.

Y solo habrá un equipo ganador.

Vamos cinco arriba, 69–64. Perdemos la posesión y Pablo Prigioni intenta recortar la distancia en el luminoso. Y luego Manu Ginóbili. Una vez, y otra. Los argentinos fallan dos tiros consecutivos, pero se hacen con el rebote ofensivo que les brinda la oportunidad de anotar. ¡No habrá un tercero! El siguiente es mío: capturo mi undécimo rebote entre manotazos y la zarpa de Andrés Nocioni, un jugador durísimo en defensa que nunca da un balón por perdido. Llega a destiempo y le cae la cuarta.

Veo ondear las banderas albicelestes y rojigualdas en el pabellón, con pasión.

Posesión importante. José Manuel Calderón sube la pelota. La bota, la esconde y se escora hacia el lado derecho del perímetro. Salgo del poste bajo para bloquearle y ¡falta en ataque! Mía. La cuarta. ¡La cuarta!

3:16 para el final. Tan cerca. Y tan lejos. Una más, una falta más y a casa. Pepu Hernández me mira desde el banquillo con una expresión de contención y sabiduría.

Es la cuarta y queda un mundo. Le digo al míster que no con la cabeza y que sí con la mirada. Rudy Fernández me reemplaza. Estrujo la toalla, aprieto con fuerza una botella y

me siento en el banquillo. Las dos aficiones rugen en el Saitama Super Arena. El estruendo es ensordecedor. Este es uno de esos momentos que sueñas con vivir algún día, a un paso de jugar una final histórica, inédita, irrepetible... El sueño de nuestra vida. ¡¡Ganar un Mundial!! El preámbulo de una final en un pabellón abarrotado, dos aficiones, dos países volcados con su equipo.

Argentina se viene arriba. Defensa, defensa, defensa. No les cedemos ni un centímetro. Pasan los segundos. No encuentran opciones de tiro. No les dejamos respirar. La posesión toca a su fin. Y entonces Luis Scola asiste a Ginóbili, que consigue meter un triple imposible. 69–67. Las bufandas albicelestes forman hélices en el cielo del pabellón. La hinchada se crece. El líder del equipo ha asumido la responsabilidad. No le tiembla la muñeca. Ni el pulso. Cuatro de siete en triples. Estrujo la toalla aún con más fuerza. «¡Vamos, chavales! ¡Venga, equipo!» Subimos la pelota deprisa y Juan Carlos Navarro conecta con Carlos Jiménez, que se aproxima a la zona intentando la penetración a canasta después de fintar el tiro, pero Scola le defiende bien... Y... ¡falta!... ¡en ataque!

«Vamos, chavales. ¡Arriba!» 2:37. Desde que he salido de la pista no he podido sentarme, no quiero sentarme; quiero volver a entrar y miro al míster. Y el míster me mira.

Una mirada. «¡Adentro, Pau!»

Ha llegado el momento de la verdad. Y vuelvo a meterme en el ojo del huracán. Hace cuatro años, en Memphis, me tachaban de débil. Luego me eligieron Rookie del Año. A la siguiente temporada insinuaron que me faltaba carác-

ter, y nos metimos en los *playoffs* por primera vez en la historia de la franquicia. La historia.

Ginóbili la sube con determinación. Si la cosa va de líderes, él es uno de los de verdad. Finta, se revuelve, media vuelta, se eleva, busca el tablero. ¡Y falla! Rebote nuestro y Ginóbili se abalanza y comete su cuarta falta.

Recuperamos la posesión. Juan Carlos asume el liderazgo. La pelota roza el aro y acaba entrando. ¡Sí! ¡71-67! El equipo argentino vuelve a la carga. Ginóbili lo intenta de nuevo desde los siete metros. ¡Se le va! Un fallo atípico. La tensión, el ruido, la fiebre. ¡Ya queda menos!

1:50 para el final, cuatro arriba y una posesión para la historia. Ahora sí. Ahora ya no hay margen para el error. José Manuel la sube. Vamos arriba. Garbajosa sale del poste bajo. Recibe y conecta con José Manuel en el perímetro. Juan Carlos la bota y protege el balón bajo una enorme presión de su defensor. Yo se la pido desde el poste bajo. 1:40. Es esta. Lo sé. Esta es la posesión. Tengo a Fabricio Oberto pegado a la espalda. Es esta. Si anotamos ahora estamos en la final. Siento que ha llegado el momento. Es mi turno; no puedo fallar. Se la pido a Juan Carlos. Toda la vida juntos. Cada vez más cerca. Me la pasa. De espaldas a canasta. Sé cómo hacerlo. Lo he hecho mil veces. Su aliento, el aliento de Oberto en mi nuca. Tengo que meterme hacia canasta y asestar el golpe definitivo. Hago un reverso hacia la línea de fondo para acabar con mi mano derecha al otro lado del aro, estoy a punto de rebasar a Fabricio cuando noto un fuerte dolor en el pie. ¡No! ¡Me acabo de romper! Afortunadamente el árbitro pita falta. Me voy al suelo y me

agarro el pie. Lo sé. En ese mismo instante sé que no jugaré la final. Y sé que llegaremos. Y que la ganaremos. Solo tengo que meter los dos tiros libres. Con el pie roto dentro de la zapatilla. Abatido, pero nunca derrotado. Son los tiros libres más importantes de mi vida, de nuestra historia. Nadie dijo que fuera fácil alcanzar tu sueño. Y yo digo que el objetivo es mucho más grande que mi dolor. Pero soy el líder y esto supone una responsabilidad. Pese al terrible dolor, no puedo sentarme, tengo que lanzar esos dos tiros libres. 1:36. Uno dentro. Miro al banquillo y les digo que no puedo continuar; después del segundo pediré el cambio, pero antes tengo que meterlo, y sé que lo lograré. ¡Y dos! Cojeando y llorando, dejo la pista. Confío con todo mi corazón en mis compañeros para que rematen el partido.

Después de anotar los dos lanzamientos desde la línea de tiros libres con el quinto metacarpiano del pie izquierdo roto, vivo en el banquillo los noventa segundos más largos de mi carrera deportiva. Vamos uno arriba, última posesión del partido, el balón en las manos de Ginóbili, Juan Carlos le defiende, Manu penetra, le cerramos muy bien el intento de anotar, pero encuentra a Nocioni, el Chapu, en la esquina derecha completamente solo. En sus manos está el triple que puede cambiar nuestra suerte y la historia del baloncesto español. Pero, por fortuna, el tiro sale un poco largo y falla. Cogemos el rebote y se acabó.

Ganamos a Argentina, la campeona olímpica en aquel momento, por 75 a 74.

Aquel día, en Japón, fuimos los mejores, los de la «generación de oro». Fue el triunfo de una historia de ilusión, esfuerzo, unidad y humildad. Aquella victoria no fue casual, sino el fruto de muchos veranos compitiendo juntos, de un equipo que había aprendido de los errores en los campeonatos anteriores, de unos jugadores que, gracias a las adversidades vividas, habían crecido y madurado juntos.

El 3 de septiembre de 2006, a las dos de la tarde, completé uno de los partidos más importantes de mi vida. En la final del Campeonato Mundial de Baloncesto, frente a Grecia, no anoté ningún punto. No hice ningún tapón ni cogí ningún rebote. Aquel día jugué desde el banquillo sin ni siquiera poder poner el pie izquierdo en el suelo. Eso sí, aun con muletas, di todo mi apoyo moral y emocional a mis compañeros. Aquel 3 de septiembre, la Selección española de baloncesto, con toda su fortaleza, saltó al parquet del Saitama Super Arena rumbo a la primera medalla de oro de su vida en un campeonato sénior. Del mundo. Sería la primera de muchas de una gloria trabajada y liderada por la fuerza de un grupo que ese día salió a la pista con una emotiva frase inscrita en sus camisetas. Un mensaje que transmitía el compañerismo y la unidad del equipo: «Pau también juega». Qué grandes. Y qué gran entrenador, Pepu Hernández. Una leyenda de nuestro deporte. Su padre falleció horas antes de la final del Mundial, pero entendiendo el momento en el que nos encontrábamos y lo que estábamos a punto de vivir, tomó la decisión de no compartir la devastadora noticia para no alterar nuestra concentración antes de la gran final. Grande, Pepu.

Aquel día fui elegido MVP (jugador más valioso) del campeonato. Aquel día cortamos las redes de las canastas con una cinta en la frente y escribimos la página más hermosa de nuestra vida. Y de nuestra historia. Hasta entonces. Como un verdadero equipo. Como una auténtica familia. Nuestra madurez y preparación mental, y las derrotas vividas en los campeonatos anteriores —como cuando en 2002 nos eliminaron en Indianápolis en los cuartos de final en el Mundial, o en 2003 cuando perdimos la final del Europeo en Suecia, o esa derrota en los Juegos Olímpicos de Atenas de 2004 cuando quedamos eliminados en cuartos de final contra Estados Unidos—, nos ayudaron a conseguir aquella medalla de oro. La experiencia de todos los años anteriores fue la clave para el triunfo en el Mundial de 2006 y para los que vendrían después.

Desde las vivencias acumuladas a lo largo de mi carrera deportiva, bajo el aro, abordo ahora la escritura de este libro en el que deseo compartir los valores y principios que me han ayudado a recorrer este camino.

He expuesto algunas de estas reflexiones en charlas y conferencias, pero el deseo de hacerlas llegar a un público más amplio (desde los jóvenes, a los que mi ejemplo os puede inspirar, hasta aquellos profesionales y emprendedores que podáis hallar en ellas pensamientos que trasladar a vuestras propias actividades) me ha animado a explicarlas en el libro que ahora tenéis en vuestras manos. Porque una de las cosas más gratificantes es compartir lo aprendido

con quien esté dispuesto a escuchar, con la esperanza de que le pueda servir en su propio viaje.

PRIMERA PARTE

El talento